

LA NOVELA
CINEMATOGRAFICA SEMANAL
MODERNA



No

506 bis

JANET GAYNOR
CHARLES FARRELL

50
CTS

NUMERO
EXTRAORDINARIO

ALTA SOCIEDAD

BUTLER, David

LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

{ Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año IX

BARCELONA

N.º 506 bis

High Society Blues, 1930

Alta sociedad

Delicioso asunto

interpretado por la pareja ideal: Janet Gaynor y Charles Farrell, secundados por Louise Fazenda, Lucien Littlefield, William Collier, Hedda Hopper y Joyce Compton



Es un film sonoro FOX
(ORO DE LEY DE LA PANTALLA)

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
DOROTHY JORDAN



**Prohibida la
reproducción**

Tlp. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Alta sociedad

Argumento de la película

El comerciante señor Granger que a costa de su esfuerzo personal había conseguido amasar una gran fortuna, estaba a punto de vender su negocio al señor Divine, antiguo conocido suyo, hombre riquísimo, de abolengo aristocrático.

Examinando el contrato de traspaso, Granger exclamó con emoción:

—¿Y después que haya firmado ésto, me pagarás tres millones en efectivo y me darás un millón en Acciones Consolidadas, por mis tiendas?

—Sí—le respondió Divine.

—Acepto encantado, pero quiero que mi hijo Eddie sea testigo de la operación.

Llamó a un empleado ordenando avisaren a Eddie para que se presentara en el acto.

—¡Ay, Horacio Divine!—dijo Granger, mirando al comprador—. Hace treinta años que vengo luchando en este negocio y el venderlo se me hace muy duro.

—Ya te acostumbrarás.

No tardó en presentarse Eddie, un muchacho de veintitantes años, hijo de Granger, simpático carácter que espaciaba alegría y optimismo a su alrededor.

Dió muestras de vivo júbilo al ver que se había efectuado la operación y dijo:

—Señor Divine, desde hace mucho tiempo papá ha estado queriendo deshacerse del negocio.

Su padre le envolvió en una mirada fribunda. ¿Qué disparates estaba diciendo?

Luego que hubieron firmado el contrato, el comprador entregó un cheque a Granger.

—He aquí tu cheque... ¡Tres millones de dólares!

—¡Magnífico... magnífico!

Le temblaba tanto en las manos que su hijo se lo quitó, diciéndole:

—Déjamelo ver, papá, antes de que lo hagas pedazos.

Antes de que Divine se retirase, un fotógrafo les hizo un retrato que al día siguiente publicarían los periódicos como recuerdo de aquella importante operación comercial.

Divine abandonó el despacho, pues hasta el día siguiente no pensaba tomar posesión de él.

—Si alguna vez vienes por mi barrio, no dejes de hacerme una visita—le indicó Divine a Granger—. Tendré mucho gusto en que conozcas a mi familia.

Cuando Divine marchó, padre e hijo se abrazaron entusiasmados. Habían realizado un negocio estupendo. Les habían dado más del cien por cien de lo que valía la fábrica. Eran ricos, iban a conocer la febril voluptuosidad de la abundancia.

—¡Vamos, Eddie! Es preciso llegar a casa para darle la buena nueva a tu mamá y a tu hermana.

Corrieron a su casa y les explicaron que

habían cerrado el negocio, vendiéndolo con pingües beneficios.

Toda la familia estaba deslumbrada. Ellos que habían vivido hasta entonces en un plan de modestia, de estrecho círculo social, soñaron repentinamente en grandezas majestuosas.

Perla, la hermana de Eddie, se veía ya convertida en una aristócrata, y sus padres en personajes de alto rumbo, servidos por una docena de criados. Sólo Eddie no perdía la serenidad, permaneciendo tranquilo, apacible, entre el criterio ensordecedor de la familia.

—Pero, ¿dónde vas a hacer efectivo este cheque? ¿Tendrán suficiente dinero para pagarla? —preguntó la madre.

—¡Ya lo creo! Lo voy a cobrar en el Banco... Con su importe, vamos a vivir como príncipes. Lo primero que haremos será comprar una mansión regia y tres soberbios automóviles. De aquí en adelante vamos a disfrutar de la vida.

Y el señor Granger salió de su casa para ir a hacer efectivo el talón. Eddie le acom-

pañaría. No fuera cosa que con el aturdimiento perdiera la valiosa cantidad.

Las dos mujeres, al quedar solas, saltaron de contento y con la rapidez de la imaginación forjaron ya leyendas doradas que iban a vivir en lo sucesivo.

* * *

Granger, tal como había prometido, adquirió una espléndida posesión situada en los alrededores de la ciudad, precisamente ante la casa donde vivía el millonario señor Divine.

Granger y los suyos fueron una mañana a instalarse en su nuevo hogar. Iban en lujoso automóvil que arrastraba a una vagueta llena de equipajes.

—Descarguen ustedes el vagón de arrastre —dijo Granger a unos criados—. Esta tarde vendrán dos automóviles nuevos.

Penetraron en la casa. La madre, sencilla mujer que había vivido siempre en un régimen de humildad, aparecía deslumbrada ante la soberbia mansión y el espectáculo de los criados que habían acudido a rendirles pleitesía.

—Entra, mujer, entra... Estás en tu casa. Las muchachas te guiarán.

Traspasó el umbral y en compañía de su marido y de sus hijos contempló el hall, espléndido y suntuoso.

Unas doncellas acompañaron a los señoritos a recorrer las distintas salas del palacio. A punto estuvo varias veces de caerse la señora Granger al tropezar con las grandes alfombras.

Granger había vuelto a salir, entretanto, y al ver pasar por el cercano camino al señor Divine corrió a su encuentro dando muestras de gran alegría.

—Divine, acabo de comprar la casa de los Fairchild... ¡Somos vecinos!

A Divine le hizo poca gracia la vecindad de aquella gente ordinaria.

—Hombre, lo celebro—contestó con una sonrisa de conejito.

—Quiero que nos tratemos mucho... Nuestra amistad ha sido hasta hoy de simples negociantes, pero en lo sucesivo hemos de ser íntimos amigos. Y además que se relacionen nuestras familias.

—No faltaba más — contestó de modo forzado—. Pero... ten la bondad de dispensarme... No puedo entretenerte hoy contigo... Mi esposa, mi hija y yo estamos invitados a cenar.

—Pues anda, que tiempo ha de sobrar para vernos de hoy en adelante.

—¡Naturalmente!

Molesto por el desagradable encuentro, pues Granger si era tolerable en la vida de los negocios, no podía admitirse en la alta sociedad donde todas las gentes tienen ya un abolengo importante, Divine entró en su casa. Besó a su mujer, señora de indomable orgullo, y a su hija Eleonor, dulce criatura de ojos de cielo y sonrisa angelical.

—Divine, ¿quién es ese tipo raro con el que hablabas?—le preguntó su esposa.

—Eli Granger, de Yowa... Se acaba de mudar con su familia a la casa de enfrente.

—Parecen gente ordinaria.

—Mucho. Se han enriquecido en pocos años.

—Pues lo que es yo no pienso dirigirles la palabra.

—Harás bien.

Divine se sentó para leer el periódico, su esposa requirió unas labores, y Eleonor, cantando una canción, dirigióse a su cuarto para cambiarse de ropa y prepararse para la cena.

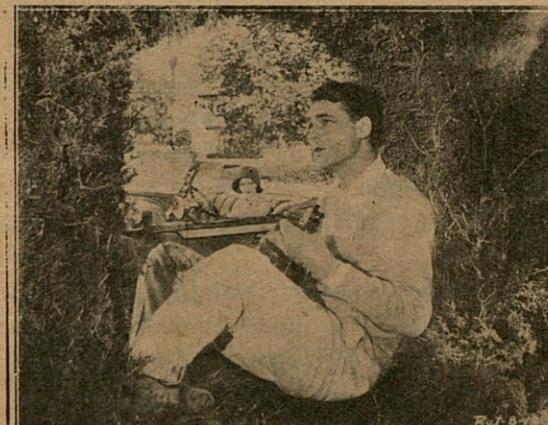
* * *

Al otro día. Eddie distraía sus ocios, tocando una especie de bandurria, llamada "ukelele" y entonando divertidas canciones. Se hallaba junto a su casa, metido en el hueco de un gigantesco pino.

De pronto pasó por la carretera un automóvil guiado por una muchacha fina y bellísima.

La linda conductora se detuvo a escuchar la canción que el mozo interpretaba.

Eddie al ver a la joven, la reconoció in-



...entonando divertidas canciones.

mediatamente. La había visto la noche antes pasear por el vecino jardín.

—Usted es Eleonor Divine, recién llegada de París... y prometida de un conde, ¿verdad?

—Sí. Y usted es Eddie Granger, de Yowa.

—¿Cómo lo sabe?

—Le vi ayer. Sé que somos vecinos.

—Su vecindad me es extraordinariamente simpática, señorita.

Y rasgueó de nuevo la “ukelele” que espació notas de un delicado sonido.

—¡Ojalá supiera tocar esa bandurria!—dijo ella, riendo.

—Es muy fácil... Ahora mismo le enseño.

—¿No le parece que este lugar es demasiado público para darme clase?

—Tal vez sí. Vamos a donde usted quiera... Estoy a su disposición.

Eddie saltó al automóvil, que partió a toda velocidad. Se internaron por un solitario camino.

Bajaron del coche y unidos de repente por una de esas fuertes y sinceras amistades juveniles, fueron a sentarse a un banco.

—¿Qué pensará usted de mí? ¿Cree usted que me merezco el tiempo y la molestia de enseñarme?—dijo ella, riendo.

—Usted se lo merece todo.

Y rasgueando la “ukelele” entonó una graciosa e intencionada canción muy del agrado de Eleonor que, muchacha de corazón humilde, odiaba las diferencias de clase y el espíritu de orgullo y vanidad que había en su familia.

—Muy bonita... muy bonita—dijo—. Es preciso que me enseñe esa canción. Quiero cantársela al conde de la Prunier durante nuestra luna de miel.

Sonrió con tristeza Eddie lamentando que aquella simpática muchachita tuviese ya un dueño de amor.

—Magnífica idea—dijo—. ¿Y cuándo se casan ustedes?

—El conde llegará dentro de poco y entonces anunciarémos nuestro proyectado enlace.

—¿Pero quiere usted de veras a su novio?—le preguntó de modo imprudente.

Ella hizo un gesto indefinible.

—¿Por qué no? Mi familia está contentísima... y yo también.

Pero Eddie adivinó que la mujercita no era muy feliz con aquel propósito de boda. Y pensó que sería una cosa muy bella el

poder arrancar de las garras del conde a aquella adorable criatura.

Eddie enseñó a tocar la "ukelele" a Eleonor, y ésta prometió volverle a ver otro día para proseguir la lección...

Se despidieron cariñosamente, sellando con un fuerte apretón de manos su amistad.

Prometieron seguir siendo los mejores amigos del mundo, con la mutua confianza que debe existir entre el profesor y la discípula.

Eleonor regresó a su casa, con el alma radiante de alegría, pero no dió cuenta a sus padres de su encuentro con Eddie. Tenía miedo de que le prohibiesen hablar con él, pues conocía la poca simpatía que inspiraban en su familia aquellos nuevos vecinos.

Aquella noche los señores Divine habían invitado a varios amigos a una fiesta. Los concurrentes pertenecían a la alta sociedad, gente orgullosa que jamás quiere descender a la plebe.

Y he ahí que mientras los contertulios estaban jugando a las cartas, un criado se acercó a los señores Divine y les anunció:

—Dispensen los señores, pero el señor Granger y su familia están aquí de visita.

—¿El señor Granger? ¿Cómo se atreve?

Ya aparecían en el umbral de la puerta aquellos ricos de nuevo cuño.

Con una sonrisa amarga, de dura resignación, los Divine y Eleonor fueron al encuentro de los recién venidos.

Granger estrechó la mano de su amigo, diciéndole:

—Aquí estamos todos... Mi esposa, Perla y Eddie.

—¡Hombre! ¡Lo celebro!

—Te traigo en marco de oro aquel retrato que nos hicieron en el despacho. ¿Qué te parece?

—Muy interesante.

—Te lo puedes quedar... Tengo cincuenta y siete más.

La señora Granger aparecía avergonzada por tener que tratar con gente de alto rango. Pero poco a poco fué serenándose hasta encontrarse como en su ambiente.

Eleonor, radiante de emoción, saludó muy afectuosamente a Eddie, quien, por su

parte, aparecía dichoso al volver a ver a su amiguita.



Eleonor, radiante de emoción...

—¿No ha traído usted la “ukelele”? —le preguntó ella—. Me parece una cosa maravillosa...

—En seguida la traigo.

Y desapareció velozmente para ir a atender la súplica de su amiga.

Los Granger y su hija Perla fueron presentados a los demás invitados, quienes les acogieron burlonamente, lanzándoles irónicas miradas y burlándose de sus faltas de etiquétá.

El señor Granger quedó de tertulia con Divine y otros amigos que se complacían en finas mofas cuyo significado no entendía la cabeza algo dura del antiguo comerciante.

Su esposa jugaba ahora a los naipes y era también objeto de aquella burla de buen tono, de aquellas palabras de doble sentido que no aciertan a comprender los espíritus sencillos.

Perla, de un lado a otro, iba contemplando los bibelots y objetos de arte que había en el salón, lanzando de vez en cuando sonoras exclamaciones.

La señora Divine llamó aparte a su hija Eleonor y la recriminó:

—¿A qué vienen esas confianzas con el hijo de Granger?... No quiero que hables

con él... Bastante tenemos con aguantar esta noche a su familia.

—No hay ningún mal en ello, mamá.

Se fué sola al jardín y de pronto vió a Eddie... Olvidó en un instante las órdenes de mamá para correr al encuentro del vecino.

—Vamos a ver si recuerda usted lo que le enseñé por la tarde—dijo Eddie, riendo.

—Sí me acuerdo... Sólo tengo que... rascguear.

Cogió ella la "ukelele" y empezó a pulsar sus cuerdas... Y muy bajito, muy bajito, ayudada por Eddie, entonó aquella canción que quería aprender de memoria.

Fueron luego a dar un paseito por las umbrías alamedas. Se sentaron. El la pidió dulcemente una recompensa por las lecciones que le daba.

—Pero, ¿qué recompensa quiere?—preguntó, riendo.

—Tiene que hacer lo que yo le mande.

—Veamos.

—Cierre los ojos.

Ella obedeció. Eddie inclinóse hacia ella con el ánimo de besarla. Pero en aquel

instante, crujió el banco, y el asiento vino a caer a tierra, arrastrando en posición ridícu-



—Vamos a ver si recuerda usted lo que le enseñé...

la a los dos jóvenes quienes se levantaron riendo, comentando el percance y lamentando Eddie su mala suerte.

La señora Divine llamó a su hija y frunció duramente el seño al verla aparecer en compañía de Eddie. ¿Pero se había vuelto loca la niña? ¿Qué eran aquellas confianzas?

Los señores Granger se disponían a marcharse.

—Hemos pasado una velada deliciosa, y ahora es preciso que ustedes vengan a cenar con nosotros el próximo miércoles—dijo el señor Granger a los Divine.

—Tenemos muchos compromisos... pero trataremos de ir—contestó Divine con el propósito de no acercarse para nada.

Salieron los Granger. Eddie dirigió una suplicante mirada a Eleonor, una mirada de esperanza, de deseo de continuar sus relaciones. Ella correspondió del mismo modo, prometiéndole con una sonrisa muy dulce que se volverían a ver.

Los Divine censuraron a Eleonor su conducta.

—¿Qué te propones? Te has pasado la velada en el jardín con ese muchacho vulgar.

—Era nuestro invitado y no me quedaba más remedio que ser atenta con él.

—Pues los Granger no volverán a poner los pies en esta casa... Para que te enteres —le dijo su madre, enfurecida.

Ella sonrió y respondió abrazando a papá:

—Papá, cuando vayas a la ciudad mañana, espero que me comprarás una “ukelele”.

Y entonando a media voz la canción que Eddie le había enseñado, se encerró alegramente en su habitación de soltera, nido de todas sus esperanzas y ensueños.

* * *

Pasaron varios días. Eleonor y Eddie fueron viéndose en secreto y sintiéndose atraídos cada vez más uno al otro. Pero Eddie no osaba declararle su amor. Se oponía a ello el recuerdo de aquel conde de la Prunier que no tardaría en llegar.

La señora Granger mostró aquella tarde una gran torta a su marido, confeccionada por sus buenas manos de cocinera.



—...cuando vayas a la ciudad mañana...

—Le voy a llevar esto a la señora Divine —dijo—. Parece estar contrariada de poco tiempo a esta parte.

—Será un bonito regalo.

La buena señora Granger dirigióse a casa de su vecina y antes de entrar en ella, vió a un elegante caballero de unos treinta años que avanzaba en la misma dirección...

Acercóse a él y le dijo sonriente:

—Usted debe ser el conde de la Pruna... ¿verdad? El novio de la señorita Eleonor.

—¡De la Prunier, señora!—contestó ofendido y mirando altivamente a aquella rústica mujer.

—Mis pasteles son excelentes... Voy a regalarle éste a la señora Divine. Pídale a ella un pedazo y ya verá lo exquisito que es.

—Pero, señora...

Estaba desconcertado. No sabía el conde qué hacer con aquella intempestiva y obsequiosa dama.

La señora Divine salió al encuentro de ellos y lanzó una durísima mirada a la imprudente vecina, quien sin hacer caso del frío recibimiento, le entregó el pastel, diciéndole:

—Le sabrá a gloria... Es un obsequio delicioso... ¡Ah!... y no se olvide. Esta noche

les esperamos a cenar... ¡Adiós, señor conde!... No falte usted tampoco.

Desapareció a saltitos, contoneándose de modo grotesco.

—¡Oh, querido Prunier!—dijo la señora Divine—. ¡Estoy avergonzada! Esa vecina es una loca... ¡Qué atrevimiento ha demostrado!

—¡Bah! ¡No importa!... ¿Y Eleonor?

—Le está esperando arriba... Sólo vive por usted.

Subieron a la salita donde Eleonor aguardaba, elegante y preciosa como nunca. Se resignaba a aquel matrimonio que le haría ostentar el título de condesa, pero con poco entusiasmo.

—¡Hola, Pierre!—le dijo fríamente—. ¡Qué elegante estás! Pareces un figurín de París.

—Y tú estás... tan bella como siempre...

La señora Divine les dejó a solas, y el conde pronunció entonces ardientes palabras de amor que ella oía con bastante indiferencia.

—Pronto la recepción para anunciar nuestro proyectado enlace... después la bo-

da... y luego la luna de miel en la bella Francia. ¿Qué te parece el plan?

—¡Muy bonito!

—Toma esta sortija de prometida... La han usado todas las condesas de la Prunier desde el tiempo de Luis XIV.

—¡Qué preciosa!

Se recreó contemplando un valioso anillo en el que campeaban unas armas nobiliares.

Pero de pronto oyó ella el rasguear de un instrumento muy conocido, la “ukelele”, y vió a través de los cristales de la ventana pasar una sombra por el jardín.

¡Era Eddie! Levantóse prestamente y dejando al conde casi con la palabra en la boca, le dijo:

—Pierre, ahora me acuerdo que tengo una cita con mi profesor de música.

—Entretente como quieras... Ya sabes que estás en tu casa—respondióle neciamente el conde.

Eleonor corrió al jardín a reunirse con su vecino.

—Estaba en duda de si vendría o no—dijo Eddie—. Sé que ha llegado el conde.

—¿Y eso qué importa? Jamás he faltado a una lección, señor profesor.

Eddie fijóse en la sortija que llevaba Eleonor.

—Es del conde?

—Sí. ¿Le gusta?

—No es fea.

—Ha sido usada por todas las condesas de la Prunier desde el tiempo de Luis XIV.

—Pues ya tiene edad suficiente para que la vayan jubilando.

—¡Qué gracioso!

—No pensemos en su proyectado enlace... Es más agradable tocar la "ukelele"... y soñar.

—¿Cómo son sus sueños?

—Oh, si usted supiera!

Y con encendida y arrebatada palabra le narró un romántico sueño en el que él aparecía como raptor de la bella Eleonor.

—¡Ah, Eleonor!... Eleonor! Mi único sueño es que la adoro!

Y sin poderse contener, abrazó a la muchacha y estampó un fuerte beso en sus labios.

—He tenido locos deseos de besarla desde el primer día que la vi—añadió.

La joven, que no había rechazado la caricia, permanecía perpleja.

—No... Eddie... no... nuestra felicidad es imposible...

—Pero, ¿me quieres?

—Sí, ¿por qué negarlo? Te quiero... Pero mamá se empeña en casarme con el conde... Y yo tengo que resignarme.

—Hay que luchar... hay que defender el amor.

Pero se despidieron con profunda melancolía.

El destino les separaba. ¿Cómo vencer a ese tirano implacable?

* * *

La señora Granger estaba un poco quejosa por la falta de atención con que la señora Divine había acogido el regalo del pastel.

—No creo que a la señora Divine le gusten los pasteles—dijo—. Por aquí la gente no los come.

—El pastel es bueno en todas partes, mujer... al menos los que tú haces—le contestó su marido.

Aquella era la noche indicada para la cena en honor de los Divine. Los Granger habían preparado un banquete opíparo...

Eddie tocaba al piano una canción y se sentía feliz al pensar que Eleonor iba a llegar dentro de poco.

Eran ya más de las nueve y los invitados no llegaban. La señora Granger era la que daba mayores muestras de impaciencia.

—No te pongas nerviosa porque los Divine no hayan llegado aún—le advirtió su esposo—. Es de buen tono en la alta sociedad el presentarse tarde.

Pero el reloj iba avanzando sus manecillas implacables sin que los Divine llegaran.

Muy cerca de las nueve y media entró un criado anunciando ante la estupefacción de todos:

—El mayordomo de los Divine acaba de

llamar diciendo que lo sienten mucho pero que el señor Divine está indisposto.

—¿Divine enfermo? Pero si me ha parecido verle esta tarde—dijo Granger, escamado—. ¡Ah, voy a su casa!... Tengo la sospecha de que esa gente no quiere venir.

Y no se equivocaba. El señor Divine gozaba de perfecta salud y en su casa cenaba tranquilamente con su esposa, su hija Eleonor y el conde de la Prunier.

Eleonor lamentaba la decisión de sus padres.

—Me parece muy mal tratar a los Granger así... después de haber aceptado su invitación—dijo.

—¿Y qué nos importa esa gente? ¿Qué atenciones le debemos por ventura?

Pero la sorpresa desagradable de todos fué ver entrar al señor Granger, quien con el rostro enfurecido exclamó a Divine:

—¿Conqué enfermo, eh?... Pues si no lo estabas te aseguro que lo estarás cuándo haya acabado contigo.

—Granger... Estoy realmente indisposto. No puedo salir.

—No te excuses.

—Pero si es cierto, Granger.

—¡Farsante! Ahora mismo ventilaremos



—Me parece muy mal tratar a los Granger así...

el asunto... ¡No puedes burlarte impunemente de mi familia!

—¿Cómo se atreve a hablar de ese modo, Granger? —dijo la señora Divine.

—Yo nada tengo que tratar con usted... ¡Ah! Ya sé que a usted no le gustan los pasteles que hace mi mujer... pero llegará día en que dé cualquier cosa por uno de ellos.

Eleonor estaba disgustada por aquella escena violenta. Ella que hubiera querido reírse la más dulce armonía entre todos, tenía que presenciar la ruptura violenta de hostilidades. El conde de la Prunier permanecía perplejo lamentando aquella inesperada fase del banquete.

Granger, después de haber descargado todo el furor de su exaltación, salió del comedor no sin antes decir en tono amenazante:

—Fíjate en lo qué te digo, Divine... Tú y yo no hemos terminado aún y antes de que terminemos para siempre sabrás quién soy yo, vas a conocer mis procedimientos.

—Me tienen sin cuidado.

—Pues no te fíes.

Cuando al fin desapareció Granger, los Divine se miraron aliviados.

—Lamento este incidente —dijo la señora Divine.

ra Divine al conde de la Prunier—, pero en los Estados Unidos los negocios se llevan a cabo de día y de noche.

—No hay que darle importancia.

Transcurrió la cena con tranquilidad, con buen apetito por parte de todos, menos de Eleonor que no se arrancaba de su corazón el simpático recuerdo de Eddie Granger, el hombre del que todo la separaba.

Entretanto Granger había regresado a su casa y contaba con palabra entrecortada y energética lo ocurrido.

—Se las canté claras a ese Divine... Es un sinvergüenza... Está más sano que yo.

Eddie hizo un gesto de disgusto... ¡Reñir con aquella familia! Pero Perla y su madre demostraron a su vez gran indignación por el orgullo de que daban muestra los Divine que se consideraban de una categoría superior.

La señora Granger rompió a llorar, casi víctima de un ataque nervioso.

—No te pongas así, mujer... Los Divine no significan nada en nuestra vida—indicó Perla.

—¡Eso no acabará así!—protestó Cran-

ger—. Los Divine me las van a pagar y de una manera que jamás olvidarán.

—¿Qué piensas hacer?—preguntó Eddie.

—Vengarme... Divine es hombre ignorante en las cuestiones de Bolsa y ahí es precisamente donde le voy a arruinar aunque me cueste gastarme el último céntimo.

—Pero, papá...—atrevióse a argüir Eddie.

—Hay que aplastar a esa hiedra. Y si alguno de vosotros no quiere correr el albur de perder el capital le daré su parte. Cien mil dólares. Vamos, contestadme... ¿Estás tú conmigo, mujer?—preguntó a su esposa.

—¡Sí!—respondió decidida.

—¿Y tú, Perla?

—Dispón de lo que me pertenece para vencer a esos Divine.

—Muy bien, hija mía... Ahora sólo faltas tú, Eddie... ¿Qué contestas?

El joven rascóse la oreja y contestó:

—Dame los cien mil dólares. No me gusta luchar contra los Divine.

—¿Te has vuelto loco? ¿Y dejas a tu familia que sea objeto de mofa, de descarada burla? Es intolerable.

Levantóse y comenzó a andar a grandes pasos, presa de una excitación creciente.

—Tú no harás eso.... Tú no puedes traicionarme.

Eddie volvió sobre su acuerdo.

—Bien, papá... Da lo mismo. No te pido nada. Lucha si quieras, pero ten cuidado que no nos arruines a todos.

—Sé manejar los valores bursátiles y verás como pongo a buen recaudo a ese estúpido de Divine.

—Como tú quieras, papá.

Apenas hubo terminado de cenar, se encerró en su cuarto, deseoso de soledad, de recogimiento, sintiéndose inquieto y triste. Le entrustecía todo aquello que pudiera significar lucha con la familia Divine...

Poco a poco fué serenando su ánimo. ¿Por qué se preocupaba de aquel modo? ¿Qué le importaban a él los Divine? Eleonor, aquella soberana mujercita, cautivadora y graciosa, iba a casarse con el conde de la Prunier. El nunca podría aspirar a su mano.

Bien, ayudaría en lo que fuera preciso a su padre para combatir a los Divine. ¿De

dónde habían sacado éstos que pertenecían a un mundo superior? Cada uno es hijo de sus obras y no sólo de su abolengo.

* * *

Al día siguiente debía celebrarse en casa de los Divine la fiesta en que iban a anunciarle los espousales de Eleonor con el conde de la Prunier.

Eddie encontró a Eleonor en una de las cercanas alamedas y ambos fueron a pasear quizá por última vez, gozando del apacible encanto del sol, del perfume vegetal de que estaba impregnada la atmósfera.

—Ya no hay esperanza para nosotros— murmuró él—. Te vas a casar y yo quedará solo y triste... Supongo que esta es la última vez que nos vemos, Eleonor.

—¡Quién sabe! Podremos seguir viéndonos porque en esto no hacemos ningún mal.

¡Si yo pudiera librarme de mi compromiso con de Prunier! Pero es imposible. Todo me obliga a él... Mi propia palabra, la voluntad de mis padres, el mundo.

—¿Y qué son todas esas cosas al lado del amor? Rómpelas si me quieres como te quiero yo.

—No tengo valor. Soy demasiado débil... Pero, Eddie, quiero que sepas que cuando se anuncie oficialmente mi proyectado enlace con el conde estaré sólo pensando en ti.

—Y yo en ti, Eleonor... Yo intento rebelearme contra la idea del sacrificio... No es posible, no es posible que dejemos de amarnos.

—Ya no puede ser, Eddie. Supongo que sólo en los cuentos de hadas los que se quieren viven felices para siempre. Procura olvidarme.

—Pero ¿me querrás a pesar de todo?

—Sí! ¡Te lo juro!

De nuevo sus manos se enlazaron con cierta violencia nerviosa mientras las bocas se juntaban, ávidas de deliciosa fusión.

Y los dos jóvenes se separaron tras una escena de estampa romántica muy antigua,

pero siempre renovada y fresca como una perpetua primavera. Y cada uno regresó a su respectivo hogar.

Aquella tarde los señores Granger y Divine tuvieron un nuevo incidente. Los respectivos automóviles que les conducían estuvieron a punto de chocar, y ello provocó las exaltadas iras de sus amos, prontos a inflamarse como polvorines.

El señor Granger exclamó amenazándole furiosamente:

—En lo sucesivo ten más cuidado y ve por el lado que te pertenece.... No quiero el menor trato contigo, ¿comprendes? De aquí en adelante tú te quedas a tu lado y yo me quedaré en el mío... en todo y por todo.

—¡Conformes! Hemos acabado para siempre. ¡Ah! y cuidado con que aparezca tu perro por mis jardines porque soy capaz de matarle.

—Si lo haces, no será él solo el muerto.

Y llenándose nuevamente de insultos, cada uno reemprendió su marcha en dirección distinta.

* * *

En casa de los Divine todo era movimiento y agitación, preparando la gran recepción. No tardarían mucho en llegar los invitados. Los Divine procuraban que todas las cosas estuviesen impecables, que no hubiese el menor contratiempo, la más ligera omisión en aquella fiesta en el transcurso de la cual debía anunciarse pomposamente que Eleonor se iba a casar con uno de los más ilustres aristócratas de Francia.

Eleonor procuraba sonreír, aunque con el alma dolorida por las verdaderas emociones de amor, y se dejaba arreglar por su madre y unas doncellas que rivalizaban en engalanarla.

—¡Estás hermosísima!... — le dijo su madre, verdaderamente entusiasmada—. El conde de la Prunier va a quedar deslumbrado al verte.

—Por Dios, mamá!

—¡Qué noche tan inolvidable la de hoy para todos! En breve serás la condesa de la Prunier.

Y mientras Eleonor se preparaba a ser el “clou” de la fiesta nocturna, el conde de la Prunier paseaba lentamente por los jardines.

De pronto escuchó el rasguear de un instrumento dulcísimo, ligeramente velado de ritmo melancólico.

Le agradó aquella música y se acercó a ver quién era el músico.

Eddie Granger, que entretenía sus ocios y sus amarguras tocando la “ukelele”, reconoció en aquel caballero de aspecto extranjero al conde de la Prunier.

Cesó de tocar y saludó cortésmente al aristócrata.

—Usted es el conde de la Prunier, ¿verdad?

—El mismo, señor. ¿Y usted?...

—Yo soy Eddie Granger.

—Toca usted muy bien... Dígame, ¿es muy difícil aprender a tocar ese instrumento?

—¿Difícil? No... Sólo se necesita, como

en todas las cosas, voluntad, ganas de hacerlo.

—Pues a mí no me faltan... y lo deseo.

Una idea maligna pasó por la imaginación de Eddie. ¿Por qué no llevarla a cabo? ¿Por qué no vengarse sabrosamente del rival, del hombre que le quitaba a la adorada?

Puso en inmediata comunicación el pensamiento con el lenguaje. Y habló así:

—Venga a mi casa y le daré una lección. Verá qué pronto se aprende a tocar la “ukelele”.

—Siento molestarle...

—Todo lo contrario. Me consideraré muy honrado con su visita, señor conde. Y, además, en confianza, supongo que para usted debe ser un suplicio el cumplimiento de la ley seca, ¿verdad?

—No me hable. Eso es indigno de un gran país.

—Pues yo tengo una botella de whisky que pongo a su disposición. ¡Venga conmigo!

—¡Excelente, amigo mío!

Y los dos marcharon a casa de Granger,

feliz y optimista el conde, con una sonrisa de picardía Eddie...

Llegaron a la casa y subiendo al primer piso entraron en la habitación de Eddie.

Perla les había visto subir y quedó prendada en el acto de aquel arrogante caballero. ¿Quién sería? No le había visto nunca hasta entonces, pero por su acento le pareció extranjero.

Eddie sacó de un armario una botella de whisky y llenó dos copas bastante grandes.

—¡A su salud! —dijo el conde dispuesto a libar aquel vino exquisito.

—¡A la suya!... Pero permítame que tome mi copa tras de la cortina. Es una costumbre americana.

—Donosa ocurrencia.

—¡Bah! Cada país es como es.

—Pues que le aproveche.

El conde se bebió de un solo trago la copa de whisky, y Eddie ocultándose detrás de la cortina, tiró a un recipiente el contenido de su vaso. El no quería beber, deseaba conservar la serenidad para presenciar cómo la perdía el conde de la Prunier.

Mientras tanto, allá en la metrópoli, el

señor Divine estaba profundamente inquieto ante la baja que experimentaban sus valores. Furioso recriminaba a su apoderado.

—Valiente apoderado me ha resultado usted... Ha permitido que compren Acciones Consolidadas bajo nuestras mismas nárices.

—¿Cómo evitarlo?

—Estorbando toda operación en ese sentido... Es preciso que compremos más acciones o perderemos el control de la Compañía...

—He aquí una lista de los accionistas. Todos han venido menos Granger... Aun no he hablado con él.

—No quiero hablar con él aunque no comprémos una acción más... Mucho me temo que esto sea obra de Granger... ¡El píllo! ¡El granuja!

Y alzaba el puño con un deseo de descargarlo contra el hombre que parecía querer aplastar su formidable poder comercial.

El apoderado volvió a mirar la lista de accionistas y exclamó:

—Aun queda Eddie Granger... Tiene al-

gunas acciones... Se las podríamos comprar para contrarrestar en lo posible la pérdida de las demás.

—¡Acertado! Llámele por teléfono... No sabrá de lo que se trata... Hágale una buena oferta.

El apoderado llamó a casa de Granger preguntando por Eddie. Perla se puso al aparato.

—Aguarde usted. Al momento le aviso —dijo ella.

Y con la alegría de poder ver al desconocido que tanto le había interesado, subió tranquilamente a las habitaciones de Eddie.

Este y el conde estaban riendo alegremente. Por dos veces habían repetido las libaciones de whisky, reales por parte de Prunier, imaginarias, detrás de la cortina, por parte de Eddie... Una misteriosa luz comenzaba a reflejarse en los ojos del aristócrata.

Perla entró en la habitación y quedó contemplando fijamente al desconocido. ¡Qué simpático le parecía!

También el conde de la Prunier, con el optimismo que produce una buena bebida,

miró con profunda atención a aquella mujercita, bella y espiritual.

Eddie lanzó a su hermana una mirada furiosa. ¿Por qué venía a interrumpirles precisamente en aquel instante? Pero comprendiendo que debía evitar una escena desagradable a fin de que no se transparentara su maquiavélico plan, se levantó e hizo la mutua presentación.

—El conde de la Prunier... Mi hermana Perla.

—¿Usted es el conde de la Prunier?—dijo Perla sintiendo que su entusiasmo por él aumentaba extraordinariamente. —¿El que se va a casar con Eleonor Divine?

—El mismo, señorita. Mi novia es bella, pero usted lo es todavía más.

—¡Oh, señor conde!

—Bueno, ¿y qué querías?—le gritó Eddie con voz áspera.

—¡Caramba! Casi me olvidaba. ¡Te llaman por teléfono, Eddie!

—A buena hora.

El teléfono estaba en un ángulo de la habitación. Eddie cogió el auricular.

—¿Quién es?

—Oiga, aquí es la casa Divine—dijo el apoderado—. Me llamo Jones... Tengo un



—¿Usted es el conde de la Prunier?

cliente que quiere comprar Acciones Consolidadas.

—Pues que hable con mi padre, que tiene un montón de ellas.

—Con su padre, no. Es con usted. Si mi cliente ofreciera ciento cincuenta mil dólares, ¿le interesaría?

—Si representan ese valor para él, para mí representan doscientos mil dólares.

—Pero...

—¡Ni una palabra más!

Cortó la comunicación y volvió al lado de Perla y del conde, que habían iniciado un rápido y dulce "flirt".

—Espero que se quedará usted a cenar —decía la joven al conde, soñando con que aquel hombre se enamorara de ella.

—Con mucho gusto lo haría, pero tengo un compromiso previo—respondió ceremoniosamente.

—Ten la bondad de dispensarnos, Perla —dijo su hermano—, pero el señor conde de Prunier y yo tenemos que hablar reservadamente.

—¡Está bien!—contestó con voz alterada.

Y abandonó la habitación, no sin antes envolver en una de esas miradas que dicen de amor, de esperanza, de fe, al conde de la Prunier, quien también la contempló con ojos codiciosos y picarescos.

—Tiene usted una hermana muy bella— dijo Prunier.

—Sí. Es guapita. Pero, no hablemos de ella. ¿Quiere usted que le enseñe a rasguear la "ekulele"?

Y él mismo, cogiendo aquel instrumento, le hizo emitir delicadas notas.

—Prefiero beber un poco. Tiempo habrá para todo.

—Como usted quiera. Tengo otra botella intacta que hará sus delicias.

Sacó una nueva botella de licor y comenzó a llenarle copa tras copa. El, en cambio, no probó nada, alegando que no se encontraba muy bien. Y el conde, ante aquella generosa abundancia que caía como un maná después de los días de abstención, bebió hasta embriagarse de modo lamentable.

Esto es lo que Eddie quería. Inutilizarle para aquella noche, en que se celebraba la fiesta. El novio no podría concurrir a ella. Y ésto era su venganza.

Prunier comenzó a reír, a cantar, a realizar sobre un sofá ejercicios acrobáticos.

Viéndole ya en lamentable estado de embriaguez, Eddie se dispuso a separarse de

él, no sin dejarle antes una nueva botella, por si quería seguir rindiendo adoración a Baco.

Salió, y al abrir la puerta encontró Perla, que estaba mirando por el ojo de la cerradura.

—Curiosilla, ¿qué hacías?

—¿Por qué has hecho beber al señor conde? —dijo, avanzando por el cuarto y viendo a Prunier embriagado—. Ya me lo sospechaba, Eddie. Eres terrible.

—Bueno, cuídate de él. Te lo regalo. Pero procura que no beba más.

—¡Eres un mal muchacho!

Eddie salió, contento de su triunfo. Perla acercóse al pobre conde, tan grotescamente engañado e intentó calmar su agitación.

—¡Déjeme, señorita! —dijo, intentando levantarse y dando incalculables traspiés.

—Tengo una cita muy importante. Es preciso que me marche. Es tarde ya. No puedo aguardar más tiempo.

—Pero, ¿dónde va usted a ir, si se está cayendo? ¡Quédese! Yo le cuidaré.

—¡No, no!

Pero en vano probó de adelantar. Cayó

de rodillas. Realmente, no podía dar un paso. Perla le ayudó a sentarse en un diván.

—Parece que me voy a morir —dijo el conde—. Tengo un dolor de cabeza terrible, terrible.

—Yo se lo curaré.

Preparó unas compresas, las puso sobre la frente del conde y procuró atenderle en todo, como la más exquisita y buena enfermera.

De vez en cuando, el de Prunier la miraba con sus ojos abotargados por el alcohol.

—Gracias... gracias... Perla.

Y ella sentía flotar en su alma la esperanza de ostentar algún día en premio de aquel servicio, una corona condal.

* * *

La casa de los Divine estaba llena de invitados. Eleonor y sus padres se sentían inquietos ante la misteriosa desaparición del conde.

¿Dónde podía hallarse? ¿Qué había sido de él?

El reloj seguía avanzando, sin que Prunier diese señales de vida. Y la alarma empezaba a cundir entre todos, haciéndoles soñar en la posibilidad de una desgracia.

La que menos preocupada se hallaba era Eleonor. Nada le importaba el conde, y su deseo hubiera sido que no apareciese más. Tal vez entonces ella pudiera ser libre.

Su padre la recriminó aquella frialdad con que miraba la ausencia de su prometido.

—Damos una fiesta para anunciar tu proyectado enlace... y al parecer no te importa un ardite que haya desaparecido tu novio.

—¿Me voy a poner a llorar?

—No tienes sangre en las venas, niña.

Eleonor marchó al jardín. Y de repente vinieron a herir sus oídos las notas tiernas de la “ukelele”.

Corrió, guiada por el instinto, hacia donde estaba Eddie, quien la besó apasionadamente.

—¡Eddie... mi Eddie! ¿Por qué has venido?

—Porque te necesito, Eleonor de mi corazón. Porque sin ti es imposible mi vida.



—Damos una fiesta para anunciar tu proyectado enlace.

Necesito que te fugues conmigo. Huiremos. He avisado por teléfono al cura para que

nos case. Tengo ya la sortija, el automóvil, todo menos tú.

—Eddie—contestó loca de amor—. ¡Estoy dispuesta a seguirte!

—Pues, vamos.

—Pero, espera un instante. Tengo una idea. No te muevas de aquí. He de evitar que a mis padres les choque la desaparición.

—¿Qué vas a hacer?

—Espera. Pronto lo sabrás.

Regresó a su casa y escribió una cartita. La entregó a un criado, ordenando que la diese a la señora Divine dentro de cinco minutos.

Iba ella a marchar, cuando encontróse con su madre, quien, al ver su gesto de alegre nerviosidad, que tanto chocaba con la seriedad de poco antes, le dijo:

—¿Qué pasa, Eleonor? ¿Has tenido noticias del conde?

—No puedo explicarlo ahora. Es una gran sorpresa... pero todo va a salir a pedir de boca.

Y marchó corriendo al jardín, dejando a su madre completamente desorientada, de

cuyo estado la sacó momentos después el criado al entregarle la carta de Eleonor, concebida en estos términos:

Querida madre:

Espero que me perdonarás el que me haya marchado con el hombre a quien adoro. Voy a casarme con él.

Tu hija,

ELEONOR

La señora Divine lanzó un alegre suspiro. ¡La pícara Eleonor! ¡Se había fugado con el conde! Y corrió a comunicar la noticia a su marido, a quien no hizo mucha gracia la idea de que su hija se hubiese fugado.

—¡Qué feliz me siento!—dijo la confiada madre—. ¿No crees que debemos anunciarlo a los invitados?

—Como te parezca.

La señora Divine reunió a sus amigos y les comunicó:

—Tenemos que darles una grata sorpresa. Eleonor y el conde de la Prunier se han casado secretamente.

La buena nueva produjo, al parecer, gran satisfacción, aunque muchos comentaban la

frescura de la niña y la tranquilidad paterna.

Siguió la fiesta sin novedad, y el señor Divine, que estaba por otra parte de pésimo humor, a causa del asunto de las Acciones Consolidadas, mostró su extrañeza ante la tardanza de Eleonor.

—¿No te parece que ya va siendo hora de tener noticias del conde y de Eleonor?

—dijo a su mujer.

Transcurría el tiempo. Los invitados, comprendiendo que algo anormal ocurría, abandonaron la casa. Seguramente los recién casados no volverían hasta dentro de algunos días. El amor quiere la soledad.

Horas más tarde un criado entregó una carta al señor Divine. Este la abrió y quedó lívido.

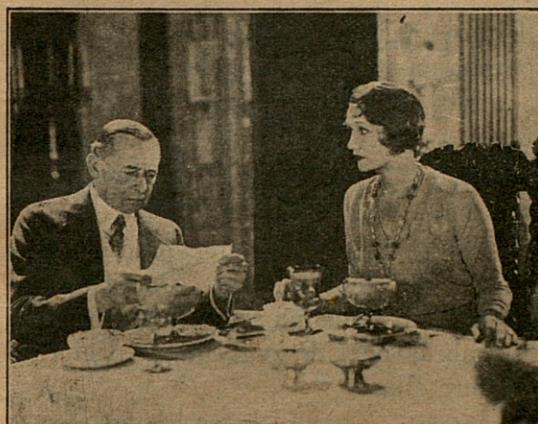
—¿De qué se trata? —le dijo su esposa.

—¿Pasó algo? ¿No pudieron encontrar un cura?

—Nada de eso. Se trata de ese maldito Granger. Mira lo que me escribe. Eso significa mi ruina.

La esposa leyó:

Señor Horacio Divine: Ahora soy dueño de la mayoría de las Acciones Consolidadas. Convocaré una reunión de accionistas



—¿De qué se trata?

para asumir la dirección del negocio. Si sabes lo que te conviene, entrevístate conmigo inmediatamente.

ELI GRANGER

—Voy a ver a ese hombre... No estoy

dispuesto a que se burle impunemente de mí.

Y el señor Divine marchó a ver a Granger.

Divine llegó a casa de Granger. Este le esperaba en su despacho y le miró sonriente, con la seguridad y la alegría del vencedor.

—Recibí tu carta y creo que es una solemne majadería—le dijo Divine.

—No me importa lo que pienses. Despues que se celebre la junta general de accionistas, la Compañía será dirigida por mí y tú habrás perdido por completo el control sobre ella.

—Así opinas tú... pero yo te voy a derrotar, aunque me cueste hasta el último céntimo.

—Ya es tarde, Divine... Con las acciones de Eddie tengo el cincuenta y uno por ciento de las acciones, y votarán como yo quiera que voten.

Apareció en aquel momento Eddie Granger, quien, cruzándose de brazos y mirando a su padre, exclamó:

—¿Y quién te dijo que yo votaría como tú quisieras, papá?

—¿Acaso no eres mi hijo?
Eddie sonrió.

—Desde luego que lo soy... pero el señor Divine también es ahora una especie de padre mío.

—Te has vuelto loco, Eddie?

—Nada de eso. Me han ofrecido ciento cincuenta mil dólares por mis acciones—agregó Eddie, mirando al señor Divine, que estaba realmente desconcertado.

—Mantengo mi oferta, y la elevo a doscientos mil—dijo Divine.

—Yo te daré trescientos mil—agregó su padre.

—Me lo pensaré.

Apareció la señora Divine, acompañada de la señora Granger. Temerosa de que a su marido le ocurriese alguna cosa, había puesto los pies en aquella casa, para defenderle si fuera preciso.

La señora Granger había ido a su encuentro, y ahora las dos mujeres veían a Divine, a Granger y a su hijo discutir.

—¿Por qué has venido? —dijo Divine a su mujer.

—No quiero dejarte abandonado en una situación tan grave.

Aquella era la noche de las sorpresas. Momentos después entraba en la estancia el señor conde de la Prunier, ya casi sereno, dando el brazo a Perla Granger.

—¡Señor conde! —exclamó la señora Divine, estupefacta. — ¿Qué hace usted aquí?

—Estoy aquí accidentalmente. Una cosa extraña... Ya les explicaré otro rato.

—¿Y mi hija? ¿Qué ha hecho usted de mi hija?

—Yo nada sé de ella, señora. No me he movido de aquí. Estoy un poco mareado...

Eddie desapareció, volviendo momentos después dando el brazo a Eleonor.

—Les presento a mi mujer. Nos hemos casado secretamente hace poco —dijo.

—¡Oh! ¡Qué locura!

La estupefacción fué indescriptible. Eleonor avanzó hacia sus padres y les dijo:

—Esto ya es irremediable, papá y mamá. Amo a Eddie y me he casado con él.

—¡Loca!

—¿Me perdonas, papá?

—¡No, no!

—¿Y tú, mamá?

—Me has dado un disgusto de muerte... Pero... ya ¡qué remedio!

Y abrazó a su hija. Papá, conmovido, acabó perdonando también, comprendiendo la inutilidad de la repulsa, y Eddie recibió el abrazo de perdón de sus padres, a quienes la sorpresa había paralizado la lengua.

El conde movía la cabeza con aire de espanto. ¡Cómo le había engañado Eleonor! Pero como al parecer no la quería demasiado, miró a Perla, que le sonreía ingenuamente, dispuesta a substituir a la otra en su corazón.

El señor Divine, siempre práctico, reaccionó de pronto y preguntó:

—¿Y qué hay de las acciones?

—Ya no son mías —contestó Eddie—. Se las dí a Eleonor como regalo de boda.

—¿Entonces...?

Eleonor habló:

—Le daré la mitad a papá Granger y la otra mitad a papá Divine, si trabajan juntos como socios.

—¡Eso no!

—¡Eso no!

Los dos habían respondido lo mismo.

—¿Por qué empeñarse en mantenerlos enemistados? Ya soy la mujer de Eddie, aunque os empeñéis en lo contrario... Lo mejor es hacer las paces y vivir felices en lo sucesivo.

Y al fin las razones de la bella Eleonor convencieron a las dos familias y los señores Divine y Granger sellaron con un fuerte apretón de manos su amistad.

Ya no se harían más la guerra. En lo sucesivo, sus intereses eran casi comunes.

También las dos madres se abrazaron cariñosamente.

Y con el transcurso del tiempo, el conde de la Prunier puso en uno de los dedos de Perla aquell anillo de sus antepasados que venían usando todas las condesas de la Prunier desde el tiempo de Luis XIV.

Y un nuevo amor floreció al lado del ufano y espléndido que unía a Eleonor y a Eddie.

FIN

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551

BARCELONA